

al recorrer con sus miradas el dormitorio, tropezó con aquella ventana al natural y se desveló. Después escuchó ruido, y sacando de debajo de la cuja su cuchillo, lo puso á mano. De pronto creyó distinguir las voces de las dueñas de casa y entonces fingió dormir. Las dueñas musitaban. La puerta cedió al empuje suave y repentino de ellas, y la mayor, con el pecho descubierto, la falda desceñida y el cabello en desorden se adelantó dramáticamente hacia el centro de la pieza, con un candil miserable en la diestra y extendido el brazo. Torció la mujer su rumbo y alumbró la cara al dormido por cerciorarse de si de veras dormía. Luego colocó un banco negro de tres pies, bajo la cadena central del techo, en donde caía perpendicularmente un llar de cuerda corta que tenía enganchado un pedazo de sebo de res. También de la cadena central pendía un tapesco empolva-

dísimo, sujeto con correas de cuero crudo. La doncella puso el candil sobre el banco, se desnudó, se enmarañó el pelo, cogió el candil, estiró el brazo, subió sobre el banco, y la espesa cabellera negra le cubrió la cara, los hombros y el seno. En postura hierática recitó pausadamente y con voz clara, breve oración. Del tapesco cogió una cajita que contenía un unguento con el que se hizo dos círculos, uno en la frente y otro en la coronilla; apagó el candil que rodó por el suelo, y, cual si hubiese echado alas hendió los aires, escapando por la gatera que había desvelado al mozo. Este, sorprendido, no perdía detalle de la escena, repetida á poco por la segunda moza, sin una coma más ni una coma menos. Sólo la menor dijo al acercarse á alumbrar la cara del dormido: «Como este discreto joven no me ame mañana, yo compondré un filtro con el que no me resistirá.» Y después eje-

cutó las mismas cosas que las hermanas. Asustado, encontrándose rarísimo, como en un medio diferente al que le era peculiar, saltó del camastro el mozo, encendió con su pedernal uno de los candiles y repitió los actos de los cuales las tres doncellas le dieron ejemplo, sin dificultad, pues la oración cabalística no se componía sino de cuatro ó seis vocablos que dichos por tres veces y en situación tan original se le grabaron. Apenas se trazó el círculo de la coronilla y dejó caer el candil, que al apagarse sumió todo en tinieblas, el mozo sintióse liviano; hizo leve esfuerzo y también él escapó como una flecha por la gatera. Apenas tuvo tiempo de ver la limpieza y claridad del cielo que lucía en su ropaje todas sus alhajas; de respirar aire libre, húmedo, oloroso á campo, cuando descendió á un potrero en medio del cual se levantaba un almenado castillo refulgente.

Dirigió sus pasos como impulsado por misteriosa fuerza hacia el pórtico. En el pórtico, casi deslumbrado el mozo por la potente claridad del interior del castillo, entre una multitud de gentes con caras extrañas, que se movían en todos sentidos como los coros numerosos de una ópera de mucha máquina, reconoció á sus tres amigas que lo hospedaron por la tarde, riquísimamente ataviadas y que le invitaban ahora vivamente á entrar en aquella mansión: lo cual hizo él con cierto encogimiento receloso. La magnificencia desplegada allí, jamás habíala visto en otra parte: estaba asombrado, sobrecogido de admiración, pequeñito, sobre todo porque en aquel constante moverse y en aquel barullo animadísimo, la palabra parecía prohibida, se usaba más de señas y gestos, y los que hablaban hacíanlo en secreto como si se estuviese en vela de enfermo grave. A

poco de haber entrado el mocetón, llamaron al comedor. Aquello era un banquete espléndido en una semi-arboleda que ardía de puro alumbrada. Sin rastrear de asientos ni tintineo de vajilla, todos se acomodaron y principiaron á servirse. La más joven de las tres doncellas colocó cerca de sí muy cariñosamente al muchacho, que de sorpresa en sorpresa llegó á la final. Como él, por su cortedad, no atinaba á servirse alguna vianda de las ricas que todos saboreaban, su compañera le ofreció de un pavo relleno. Aceptó y comenzó á comer; pero aquel plato que parecía estar adobado por quien de veras sabía el arte culinario, no guardaba relación entre su incitante aspecto y su sabor; tanto que sin poderse contener, exclamó: «¡Dios mío, esto no tiene sal!» Un estruendo formidable estalló. La cristalería se vino al suelo con ruido infernal, y acto continuo el joven se vio comien-

do estiércol á la pálida luz de una luna orlada de nubes, en extraña pradera sembrada aquí y allá de troncos enormes, con chamuscaduras. Su asombro ya no tuvo límites. Sin explicarse qué le pasaba anduvo de aquí para allá, hasta que encontró la casa en donde se había albergado; pero se le extravió la puerta principal y le fue preciso forzar una tranca de una puertecilla excusada, para poder entrar. Y el haber entrado por allí le permitió cerciorarse de que las tres doncellas aun no estaban en casa, y de que lo sucedido no era sueño ó pesadilla, ni consecuencia del sonambulismo; y queriendo aprovechar el final de noche tan singular, se recogió en su improvisado lecho, no sin dejar todo tal como lo había encontrado, y santiguándose muy devotamente.

Cuando el sol sacaba su grandiosa aureola más de la mitad arriba de las montañas, el mozo, que á pesar de su original

noche había logrado conciliar nuevamente el sueño, fue despertado por la menor de las muchachas, la cual le ofrecía, sonriente, el desayuno. El joven no preguntó nada, sino que abarcó con sus miradas á la servidora. Apareció á poco otra y le ofreció una bebida. Aceptó el muchacho, y apenas bebió el último trago, cuando sintió en su cuerpo una extraña conmoción que le vino acompañada de un crecimiento de pelos por todas partes; quiso tocarse y encontró que sus manos eran cascos; quiso hablar y relinchó, fué á correr y quedó como clavado en cuatro patas. Tal fue su desesperación al verse convertido en un caballo, que echó á llorar; pero sus ojos sólo se humedecieron, su cara no se contrajo, quedó impávida como la de un cuadrúpedo. La mayor de las doncellas le puso una jáquima y lo amarró á un horcón del corredor empedrado, donde encontró una canoa con

guate y un cubo lleno de agua. Aquello fue horrible porque el mozo no dejó de ser hombre, de pensar, de sentir como éste, y sin embargo era también por su figura y la manera de alimentarlo, un caballo. La menor de las muchachas, viendo á su pretendido vuelto una bestia, dijo á sus hermanas, que el castigo sobrepasaba á la falta y que ella no convenía con tan cruel suplicio; mas las hermanas pronunciaron tales anatemas que la doncellita calló y se affigió. Con todo, una tarde, al descuido, porque las hermanas no la dejaban un instante cerca del caballo, sin espiarla, sopló en la oreja de la bestia el medio para libertarse de aquella tortura, cual era el de buscar una hierbecita de flor lila, menuda, que entre la yerba común y á la vera de los zanjones se criaba, y mascarla. Si no hubiera sido esa esperanza, y el consuelo de ia misma muchacha que así, á hurtadillas,

le ofrecía darle á comer la yerba en ocasi3n que no la pudiesen sorprender, aquella humanidad caballar se habr3a dejado morir de desesperaci3n.

Un d3a muy caluroso un fraile capuchino, gord3simo, acert3 á pasar por all3, y encontrando á las tres doncellas en la solana, se meti3 en el corral y les pidi3 permiso para descansar. Iba lejos, muy lejos á auxiliar un enfermo, pero la sofocaci3n del ejercicio no lo dejaba caminar ya. Cerca de las tres de la tarde, la muchacha menor ofreci3 al fraile el caballo, á quien le vino que ni pintiparado. Traj3ronle las otras un par de espuelas, y 3l lo ensill3. En cuanto estuvo apercebida la bestia, el fraile encaj3 el rollo de gordura en el caballo, y, dando las gracias, arrend3 hacia el camino. La mole del fraile pesaba mucho, pero el muchacho comprendi3 que no era aquella oportunidad de desperdiciar y comenz3, pri-

mero andando bien, tanto cuanto sus hercúleas fuerzas no perdidas gracias á la buena alimentación vegetal que le habían propinado, le dejaban. Y cuando se creyó lejos de la casa de aquellas brujas, no atendió á riendas, ni á espolazos, se puso á buscar la yerbecita que había de transformarlo á su propio estado. El fraile sudaba, renegaba, y ya se iba á desmontar para seguir á pie, cuando de pronto se da un costalazo en la tierra: en lugar del caballo tenía ante sí un hombre agotado de cansancio, que le dirigía jadeante la palabra. Verlo el fraile y conjurarlo, todo fue uno; rápido se alzó del suelo, se remangó el hábito, le hizo la señal de la cruz al hombre, y, disparado como un rehilete, se perdió en las eses del camino. El mozo se puso á reconocer en qué vía estaba; y atajando aquí por campos conocidos, allá por trillos poco frecuentados, arribó á su pueblo alumbrando aún

el sol. Algo había cambiado su pueblo: nuevas habitaciones, nuevos sembrados, lo que le causó extrañeza. Buscó anhelante su albergue, y lo encontró. La puerta estaba atrancada. Llamó, y un anciano abrió y le escudriñó con mirada penetrante.— Padre! exclamó el mozo arrojándosele en los brazos. Y entonces se reconocieron padre é hijo y lloraron y se contaron atropelladamente entre lágrimas é hipidos sus penas. La madre faltaba hacía ya mucho tiempo, murió de dolor creyendo á su hijo pasto de las fieras, al único, á su ídolo, á su manso retoño giganteo. Hacía quince años que el pobre muchacho se había hospedado en casa de las brujas.

Ñor Lemán cayó su armoniosa voz cuando llegó aquí, es decir, cuando terminó el cuento, habiendo tratado de no olvidar por menor de los que con tanta gracia relataba aquel buen viejo. Las niñas se enderezaron

y desplegaron los miembros doblados y dormidos. Y las brasas de los cigarrillos de Quirco y de la mujer de ñor Lemán punzaban la oscuridad, de tarde en tarde, permitiendo así distinguir rápidamente las facciones de los congregados.

El cuento tuvo su trascendencia: Quirco, crédulo y supersticioso, no tanto por su naturaleza nerviosa como por su adanismo de cultura, concibió una idea: la de dar un filtro á Felicia para conquistarle el corazón, idea que volaba y volaba en su cerebro, sin parar, como el ala de una golondrina.

VII

A la mañana siguiente, al cantar de los gallos, Quirco estaba dando golpes á la puerta del cuarto de abajo en donde la noche anterior arreglaron dormitorio á Luis para que no se fuera á San José, ya tan tarde, á correr el peligro de desbarrancarse por esos caminos. Y él, gustosísimo, no desperdió el expedito medio de estar aún con Felicia. ¡Es tan agradable pasar las noches bajo el mismo techo de la mujer que se ama!

Luis contestó á los golpes, y el despertador se retiró á sus quehaceres.

A poco oyéronse en el potrero los relinchos y las carreras de los caballos arrea-

dos al corralón; los berridos continuos de los recentales; el trotar menudo de las vacas sobre el empedrado, sus bramidos á los becerros, y el *onte, onte*, mansita, del vaquero; el piu, piu, piu de la cocinera á las aves de corral, que desde todos puntos corrían á comer de la lluvia de granos de maíz que rebotaban en la dura tierra; y el currucucú y revolotear de las palomas.

Ordeñaban las vacas; y mientras los chorros de leche caliente llenaban los barreños, el dormilón, con todo el ruido de fuera orejas adentro, decidió levantarse: desperezóse, tiró las cobijas y empezó á vestirse lentamente, no sin haber dedicado sus primeros pensamientos y los que siguieron á la dueña inolvidable de su corazón. Terminaba de hacerse su tocado matinal cuando un peón se le presentó solicitando le dijese dónde había metido los aperos de montar, pues iba á ensillarle la bestia.

Después de unos momentos que gastó en concluir de vestirse, Luis acompañó á su servidor con el fin de indicarle el lugar donde había dejado su montura, sus mantillones y el freno.

En tanto, Quirco subía la escalera llevando una bandeja con vasos llenos de leche espumante cuyo perfume á ternero se difundía en el ambiente fresco de la mañana, produciendo saludable y deliciosa sensación. Llegó al corredor, acercóse á la ventanilla del dormitorio de las niñas y llamó levemente con los nudillos de los dedos, como si temiera despertarlas. Después dijo:

—Niña Felicia... Aquí está su leche... Abre? Empujo la hoja?

—No, todavía no, gritaron de adentro voces femeninas.—Espere.

Siguieron murmullos en el aposento y luego ruido de pasos de pies desnudos que

se acercaban á la ventana, la que fue abierta por una de las primas, con mil melindres escondiéndose tras la hoja de madera. La luz, atrevida, se coló de rondón en el cuarto y lo iluminó á medias: lo bastante para que Quirco, haciéndose el sueco, contemplase en el fondo una delgada colcha blanca en la que se dibujaban las ondulaciones de un perfil venusino; unos ojazos heridos por las flechas de Apolo, deslizándose tras los párpados encogidos, y una cabellera oscura, suelta y tembladora sobre la almohada; para que mirase, tentadora en su lecho, á Felicia, imán poderoso de su espíritu y de sus nervios, objeto principal de sus atenciones y cuidados, virgen de su credo y razón de su vivir.

El mozo, con la bandeja en la mano, quedó en actitud bobalicona, de la que salió violentamente y á su pesar, como de un dulce sueño, á la imperiosa voz de Felicia,

quien, escuchando el tintineo de las espuelas del garzón de sus ilusiones que subía las escaleras, mandó con rápido hablar:

—Quirco, ponga pronto esa leche allí. Cierre la ventana, que viene Luis y nos ve.

La orden no se la hizo repetir. Y no tan sólo por quien la mandaba, sino por privar á su aborrecido rival de un placer inmenso: de que pudiera mirar á Felicia como él la acababa de ver.

Con todo, el pobre Quirco se daba á pensar en ciertos distingos. No alcanzaba por qué siendo él tan hombre como el otro, y no el preferido, disfrutaba, sin embargo, de lo que al amado, á Luis, se le tapaba con obstinación. Jamás se le hubiera ocurrido pensar, para alcanzarlo, que la gata del drama en el jardín, que estaba roncando sobre el taburete, en la ropa de la niña, disfrutaba aún más que él.

Luis, haciendo ruido para que lo notasen,

anduvo en el corredor buscando sus polainas y el sombrero de pita. Allí le llevaron leche acabadita de ordeñar; y minutos más tarde, rico café con queso, pan y mantequilla. Ya creía que no iba á poder despedirse de Felicia, cuando ésta, como una bellísima aurora enseñando la rosa de sus mejillas y las perlas de sus dientes minúsculos, se le apareció para darle la despedida. Después montó y picó al paso por medio potrero; y ella, desde el balcón, lo vio alejarse hasta perderlo de vista cuando entró en la arboleda y cayó ésta tras él como un telón de hojas muy verdes, emblema de la esperanza.

A partir de entónces corrieron para Felicia días más alegres, halagada por las dulces caricias del amor correspondido en sus ilusiones de virgen soñadora.

anduvo en el corredor buscando sus polainas y el sombrero de pita. Allí le llevaron leche acabadita de ordeñar; y minutos más tarde, rico café con queso, pan y mantequilla. Ya creía que no iba á poder despedirse de Felicia, cuando ésta, como una bellísima aurora enseñando la rosa de sus mejillas y las perlas de sus dientes minúsculos, se le apareció para darle la despedida. Después montó y picó al paso por medio potrero; y ella, desde el balcón, lo vio alejarse hasta perderlo de vista cuando entró en la arboleda y cayó ésta tras él como un telón de hojas muy verdes, emblema de la esperanza.

A partir de entónces corrieron para Felicia días más alegres, halagada por las dulces caricias del amor correspondido en sus ilusiones de virgen soñadora.

VIII

Felicia, al principio, les estuvo jugando mala partida, porque cuando á ellas tocó esconderse, sigilosamente las siguió. Pero las primas la supieron hacer: corrieron en línea recta ronda abajo, y cuando menos se lo figuró ella, cruzaron, siempre corriendo, y se le perdieron entre el cafetal. Le fue, pues, difícil á la buscadora, seguirlas, porque la hubieran cogido la trampa, y del enojo de las primas no se libra. Sometióse entonces á la legalidad y esperó pacientemente á que la llamaran; lo cual no tardó en suceder. Los gritos de:—Yaa... ya... le anunciaron que podía comenzar á buscarlas con toda libertad. Internóse en-

tonces en el cafetal, y al paso arrancaba aquí y acullá granos de café maduros, resto de la repela, y los chupaba. Creyendo haber dado con las primas detiéndose frente á una cepa de plátano cundida de hijos de todos tamaños, y... nada. Allí registra un cuajiniquil frondoso; más lejos un guachapelín. Y de esta guisa persiste diligente en su tarea mientras las primas, que no la perdían de vista, con la mayor precaución se le alejaban cada vez que la niña se acercaba á punto de dar con ellas, en su incesante revoloteo de mariposa vespertina que las seguía, ya por el ruido de las hojas secas que huyendo quebraban, ya por las huellas vaciadas en los surcos y en los lomos de tierra de las *chapias* y la porca. Los esfuerzos de Felicia por hallar á sus primas se perdieron en inútiles pesquisas. Cansada de andar, impaciente, optó por sentarse en un tronco cuya corteza tapizada de gemas

revelaba que apenas volteado y medio descortezado no volvieron á acordarse de él. Largo rato estuvo allí matando el fastidio con hablar á grandes voces á sus primas. Decíales que ya no las buscaba más, porque ignoraba adonde se habían metido. Que estaba cansadísima de andar infructuosamente la Ceca y la Meca. Que no había gracia en desalojar los lugares en donde se escondían, cuando ya las iba á encontrar. Y con una varilla de cafeto que parecía un tirso, se sacudía la falda ó se vapuleaba la punta de las botitas. Las primas le dieron oídos y concibieron la idea de fugarse á casa y abandonarla en el cafetal. Y como lo pensaron lo hicieron.

El tiempo se iba y la tarde con él. La solitaria, con la mente en regiones extrañas, olvidóse de sí misma, y no se percibió de que á distancia de ella crugieron los palitroques y la hojarasca, y entre las

ramas apareció la cabeza de un hombre, la de Quirco, que se agazapaba como un tigre en acecho y adelantaba poco á poco, con cautela, despidiendo de sus ojos efluvios terribles que acuchilleaban los claros de las ramas. Por momentos deteníase, miraba receloso en torno con penetrante ojo escudriñador, y volvía á caminar cautelosamente, escurriendo el cuerpo y espionando á la niña, que, con aquel su inocente aire, descuidada, y el cetro en la mano, sólo le faltaba coronarse con una rama de cafeto en flor, para semejar la damita del cafetal. La luz amarillenta de un atardecer espléndido jugaba entre el ramaje con cabrilleos de oro hirviendo en el crisol, y cual una lluvia de miel le caía en el regazo y la cabeza, ó como un amorcillo rubio le bailaba en las pupilas.

El silencio reforzaba el leve ruido de la brisa que se colaba entre los cafetos, y el

continuo golpear del agua que después de deslizarse murmurando en el lecho morrilloso del zanjón vecino caía en una oquedad y rebotaba sobre una laja del fondo.

Una *piapia* lanzó estridentes gritos y batió las alas yendo á recogerse al fin del cafetal en un guanacaste corpulento.

A Felicia no se le figuró que los gritos del pájaro fuesen indicio de que sus compañeras se le acercasen, aburridas de no ser buscadas, sino que, como por un divino presentimiento, le parecieron de mal presagio y le entró susto. Siguió con los ojos el rumbo del ave, miró en redondo, llamó á las primas, se dio cuenta del silencio que la envolvía y de su soledad, y echó á correr velozmente casi en el mismo sentido que el ave agorera, con dirección á su casa. Y corría desesperada, oyendo detrás los pasos de persona descalza que ya, ya la cogía por la espalda.

A estas, extrañando las primas la falta de presencia de Felicia, sintieron escrupulillo de su acción inconsulta, y, temerosas de que algo la hubiese ocurrido, fueron á enterarse de por qué no regresaba á la casa, y á traérsela consigo si era que aun estaba en el cafetal, cuando divisaron á la señorita que venía hacia ellas, desalada, pálida, desencajada y sudorosa, y un bulto, una sombra, que como una exhalación desapareció cafetales adentro sin dejarse conocer.

Felicia se incorporó á sus primas, trabada el habla; y todas, más muertas que vivas del sustazo, volvieron despavoridas á la casa.

La pobre Felicia no concluía de contar á su madre, quien al escucharla temblaba de pavor por su hija, que la habían espantado. Y las primas no cejaban en negar lo del espanto y en afirmar que lo que ellas

habían visto bien era un hombre de carne y hueso, un foragido seguramente que corría tras Felicia, con avieso ánimo.

La madre agradeció al santo del día el haber librado á su hija de un peligro inminente, de la bestialidad de un bandido. Porque ¿qué le iban á robar á la muchacha trajeada de campo muy modestamente, y que no llevaba valores encima?

Por supuesto, la alarma general que cundió en el caserón dio lugar á muchos aspavientos, comentarios y prohibiciones. Y no volvió la tranquilidad á enseñorearse de aquellas almas, hasta que el patrón, con una cuadrilla de peones que distribuyó por diferentes puntos, registró el cafetal y sus alrededores, se convenció de que no había nada y lo achacó todo al sistema nervioso femenino.

IX

Momentos después que Felicia refirió en su casa el suceso del cafetal, Quirco entró rápidamente en su cuarto de la bodega, palpitándole el pecho con violencia porque había corrido frenéticamente. Una vez en su habitación, para cerciorarse de su soledad miró puertas afuera, y en seguida les echó por dentro el cerrojo: quedóse en tinieblas. A tientas buscó una vela de sebo y la encendió; pero la pobre claridad que se hizo puso más en el misterio el azoramiento de Quirco y sus designios. Al rato pareció serenarse. Sentóse en la tijereta suya; metió las manos entre las piernas, y contempló con mirada de vesánico, la lla-

ma de la vela lagrimeante y apestosa. Repetidas veces se pasó un pañuelo rojo por la frente y las manos empapadas de sudor. El brillar de sus ojos en la sombra como dos cocullos extraviados, y el temblor de la mandíbula inferior denotaban que el atrevido mozo estaba poseído de algo extraordinario. Súbitamente, cual si se hubiera inspirado, se puso de pie, é inflando con voluptuosidad de terrible sátiro las narices, alzó una punta del esterón de su tijereta y sacó de debajo un paquetito que contenía las prendas de Felicia, con religioso cuidado por él conservadas. Lo desanudó, separó los papeles del envoltorio, y, sentado en su lecho, comenzó operación singular: cogió los cabellos de Felicia, que estaban liados con una hiladilla azul, y con fruición se los pasaba por los labios, por el bigote, por la cabeza, y aun parecía morderlos. Luego bruscamente los sepultó en

su pecho rompiéndose la camiseta. La cinta encontrada en el jardín, ayudado con los dientes se la amarró fuertemente á una de las muñecas: esa presión era para él un placer. Y como todo esto no le produjera aún el deleite que ansiaba, con las horquillas se pinchó los muslos hasta hacerse brotar la sangre. A persistir en tarea tan brutal como digna de lástima, la fatiga nerviosa hubiera postrado al desequilibrado en un desmayo; pero se le ocurrió peregrina idea, ya desde otra ocasión albergada en su cerebro. Envolvió en el pañuelo rojo con que se enjugó el sudor, sus queridas prendas y las ocultó en el bolsillo de los pantalones; calóse el sombrero de palma, y trasponiendo la puerta de su encierro por el lado del jardín se fué al pueblo.

Frente á una casilla antiquísima, semi-derruída, metida de línea, con un solar por delante, muy separada de las otras casas,

situada á un lado de la calle real y en las inmediaciones del pueblo, se detuvo el mozo. Llamó á la puerta y á poco apareció con un candil en la diestra, una amojamada viejecilla con las greñas en desorden; una vieja de ojos menudos hundidos en dos cuévanos; nariz agarfiada; boca enorme, colmilluda; la espalda como un arco de flecha tendido; un saco de huesos era el cuerpo envuelto en andrajos; y los pies, holgadísimos en chanclones agujereados, asomaban por tan tristes ventanas unos dedos terrosos que parecían picos de loros, tan largas y encarrujadas estaban las uñas. Conoció á su visitante y con voz sorda y destemplada como la de una campana hendida, exclamó:

—¡Qué milagro, Quirco por acá! Y, qué desea?...

—Algo para conseguir el objeto amado ó para domar una violenta pasión; contes-

tó con su propio vocabulario el campesino.

—Pero...

—Vengo resuelto. De su casa me he de llevar el remedio, porque V. debe de saber cómo se hace eso.

La viejecilla lo midió con la vista, de pies á cabeza, y luego le dijo:

—Entrá, pasá p'alante. .

Quirco entró y tras él la dueña prevenida cerró la desvencijada puerta asegurándola después por dentro con la tranca.

La vivienda era una covacha miserable, negra por el humo de un fogón situado en una esquina, sobre el cual había tres tinamastes y un poco de ceniza y ramas secas carbonizadas en las puntas. A un lado estaba un camastro sucísimo, hecho de cañas y reglones, semicubierto por un retazo de frazada carmesí con rayas negras. Cerca del fogón y del camastro un banco de tres patas, de roble, era el triclinio de la adivina.

Un candil rompía con pocas fuerzas la oscuridad del sórdido recinto, desde un cajón de pino lleno de trebejos y de cucarachas.

—Sí, *mana*, dijo él sentándose en un extremo del camastro; necesito ese remedio ya, porque me picotea el pecho el dolor y la muerte se me echa encima...

—Ajá, vos lo que querés es un *agüizote*; dijo confianzudamente la vieja viéndose encerrada á solas con Quirco. Y continuó con su voz destemplada que producía ruido de campana rota: —Ajá, ajá... Pero... Qué me das?

—Eso... según el efecto del bebedizo. Si es bueno le daré, tres sábados seguidos, mis jornales de la semana. Y si es malo... Si me engaña... agregó entre dientes.

—Malo? Se apresuró á interrumpir la bruja:—Jamás doy cosa que no dé resultao...

Después, cual si ya estuviese cerrado el trato, la vieja le pidió informes acerca de

la apariencia exterior de aquella mujer que lo traía desesperado y dolorido, y solicitó objetos que hubiese usado ó que fueran de ella, de la propia persona, como cabellos. Entonces el mozo, cuyos ojos brillaban siniestramente, entregó el envoltorio que traía oculto, y la bruja, tornando en blanco los suyos, púsose á hablar entre dientes con grandes misterios. Zabulló luego la cabeza en el cajón, sacó del fondo unos polvos y al parecer unos huesecillos de gallina y con eso empolvó y frotó las prendas que había recibido, profiriéndoles unas cuantas abracadabras. Enhebró en seguida una aguja, y tomando el pañuelo rojo que había servido á Quirco para envolver sus objetos queridísimos, confeccionó un saquito en forma de corazón. Siempre balbuceando y haciendo de vez en cuando signos cabalísticos en el aire, con la aguja, consumió una hora en hacer la preciosa almohadilla en donde que-

daron encerradas las prendas de Felicia. Como concluyó el corazón, la vieja, clavando con alardes de crueldad fiera, agujas finas en él, dijo lentamente para dar intensidad á sus expresiones, éstas ó parecidas palabras:

—Así te aprisiono, despiadada criatura y te robo el corazón para martirizarlo con estas púas, hasta tanto no ames al hombre que traes atormentado.

Esto hecho, lo entregó á Quirco aconsejándole que lo colgara en una esquina de su pieza y que á menudo lo velase con un candil untado de enjundia de gallina. El supersticioso campesino, consolado con la esperanza, volvió á la finca á cumplir estrictamente los consejos de aquella zahorí.

X

San José de Costa Rica, marzo 15 de...

Querido Carlos: El miércoles próximo pasado recibí tu cartita. ¡Qué contento me puse! Tú tienes y has tenido siempre el dón de acertar, y puedes estar seguro de que has despertado muchas esperanzas en este pobre sér; tantas que tengo fe en el porvenir. Pero... Tú espoleas mi fantasía, y estás á punto de desbocar un caballo, como dijo el otro. Te iré enterando, conforme se sucedan los acontecimientos, de todo: tú dirás; y á tu regreso tal vez podré ya ofrecerte mi propio nido con un par de polluelos sonrosados, tiernos y muy monos que te infundirán envidia y te obligarán á

imitarme. Y no sólo por eso, por el encanto del futuro nido, sino porque no ignoras que el Director actual del Asilo Chapuí, en uno de sus informes anuales, dice: parece que el influjo de la vida solitaria ó el arrebató de las pasiones á que conduce la soltería por falta de un atractivo sano y discreto, dulce y útil, predispone con harta frecuencia á los hombres á ser víctimas de la enagenación mental. Se pierde la razón por no buscar en el matrimonio distracción á la monótona vida de estas poblaciones y ejercicio provechoso á las facultades conduciendo no sólo á la compañera amable, sino á los hijos, por una vía segura al engrandecimiento de la patria.

De modo que si no deseas pasearte todo el día por los primorosos jardines del Asilo, ya sabes, á casarte.

Tienes gran corazón: así, muy ancho. Por eso mi mamá no te olvida, ni Marta:

te recuerdan con mucho placer. ¡No sé cómo preguntas tal cosa! Sobre todo Marta, muy á menudo te nombra; por lo que oigo, te lleva siempre en los labios. A propósito, Marta se inclina con apasionamiento á Alfredo. Eso me ha costado trabajo adivinarlo porque ella es muy discreta y digna; no hace ostentaciones peligrosas de su amor, pero siempre los amores trascienden, es muy difícil ocultarlos; y como los corazones misteriosos son abismos que fascinan, me empeñé en averiguarlo y lo conseguí. Sus ternuras son infinitas. Cada día es más dulce y cariñosa, como si se ensayara para serlo después... con él. Tiene delicadezas que envidio, que deseo verlas alguna vez en la que elija para mi compañera.

Hacendosa, como siempre, nunca me falta nada; y yo por mi parte, abrumado con sus atenciones, apenas puedo corresponderle

con todo mi afecto fraternal. En alguna ocasión le he dicho: si como tú, Martucha, hallara yo una mujer, le entregaría mi corazón y mi porvenir. Es tan lindo el amor...

De Alfredo? ¡De Alfredo no sé qué decirte! Tú no le trataste; yo muy poco; pero creo que toda su seducción está en su exterior: tiene un cuerpo tan elegante, unos ojos tan hermosos y unos modales tan finos, que en verdad... Como es rico no me interesa mucho su talento, que creo es común. Y además, cómo van todas las niñas á casarse con príncipes del ingenio ó de la sangre...? Yo pienso que en el matrimonio poco importan á la mujer esos raros altos dones de un hombre. Mañana, si un artesano honrado, higiénico y culto, amara á Martucha y por ella fuese correspondido, no me apenaría el dársela: haya amor, haya amor y estimación para la mujer; dé ella en cambio ternura, fidelidad y cuide de los deta-

lles de su hogar y está todo lo que hace el matrimonio feliz.

De mí sé decirte que me embarcaste y aquí estoy bogando, bogando en un suspiro por el piélagos azul, como diría un poetilla.

Sí, amigo, Felicia me quiere; me quiere y mucho. Es una muchacha muy fogosa, sin doblez; un poquillo indiscreta, canta su amor á la rosa de los vientos y no hay carta que escriba á sus amigas en la cual no salga yo á relucir como un portento de bondad y elegancia. He estado en la finca de los papás de ella: la segunda vez fui audaz hasta hospedarme en su casa medio día y una noche. ¡Y qué principio de noche! Estuvimos en casa de un anciano que sabe más historias de trasgos, duendes y aque-larres, que es capaz de no dejarlo dormir á uno por espacio de una semana. Del resto de la noche no sé decirte porque lo dormí á pierna suelta.

Y ahora que estoy finalizando la presente, noto que he estado muy poco cortés contigo: sólo de mí y de casa te he hablado, sin preguntarte siquiera si colocaste el dinero que tenías en poder de tu tía; si es necesario que yo vuelva á hablar con aquel comerciante para que te envíe las muestras. Ni te doy razón de lo que ocurre en esta tu tierra. Perdona tanto egoísmo, por hoy, y acepta sin muestras de fastidio mis personales datos, en cambio del inmenso cariño que te profeso.

Recibe un abrazo de tu amigo,

LUIS

XI

Plenamente segura estaba de que el día que garuó, dos ó tres semanas antes, ella la traía ciñéndole coquetonamente el cuello. Después no la volvió á ver: como por ensalmo desapareció; y el caprichito terco de hallarla que aquella tarde le dio, ya era más que capricho, era desazón. Felicia, después de revolverlo todo abajo, subió á buscar la primorosa cinta en el costurero de su madre, y nada. Seguida de las primas bajó la escalera llamando á gritos á la criada, para que encendiera el farol del corredor: la tarde daba sus últimos parpadeos. La criada vino y Felicia se dirigió á ella:

—Juana ¿has visto mi cintillo de terciopelo carmesí que usaba yo en el cuello? Lo perdí no se dónde. Lo he buscado mucho y no parece. ¿Pero te acuerdas bien de cuál te hablo?

—Pues cómo no. La misma cinta que le regalaron el día de su cumpleaños.

—Sí, esa —dijo Felicia. Y la criada agregó:

—¿Por qué no le pregunta á Quirco si la ha visto? El debe de saber... Como él barre el cuarto de ustedes...

--Eh! De veras—exclamó Felicia, dirigiéndose á sus primas.—¿Quieren que vayamos al cuarto de él á ver si está? Podemos rogarle de una vez, que traiga esta noche la guitarra. Si no tiene ¡la cinta lo mandamos á casa de ñor Lemán, tal vez la dejé allá la otra tarde... O vamos mejor todos juntos y le decimos á ñor Lemán que nos cuente algo.

Las tres niñas se encaminaron á la bodega en donde casualmente entraba Quirco. Apenas lo vieron, dijo Felicia:

—Quirco ¿usted no ha encontrado un cintillo de terciopelo rojo? Tal vez en el cuarto de nosotras, barriendo...

El mozo, al ver en su propio aposento á Felicia y al oír la amistosa voz de ella, se alegró mucho; pero al mismo tiempo se inmutó, no sólo por tener tan cerca de sí al objeto de su violenta pasión, sino porque bien sabía él á qué cintillo se refería la pregunta, y dónde estaba el tál. Disimuló, pues, y manifestó que no sabía cuál y que no le conocía cintillo alguno á la niña. Las jóvenes, que todo era ver á Quirco y figurárseles que debían hacer parranda, se le acercaron y todas á la vez explicaron alborotando y riéndose, como un montón de pájaros gorjeando, cuál cintillo era. Pero por mal de culpas del pobre

Quirco, el inusitado ruido asustó á la gata del drama en el jardín que dormitaba sobre un cajón mal colocado, y, al huir el animal, rodó por el suelo el cajón, descubriendo á los ojos de aquella turba femenina, un candil cuya mecha ardía bajo una pelota como de carne colgada de un clavo en una esquina del aposento. Novedad que llamó en seguida la atención de las niñas, quienes se acercaron maliciosamente á mirar un corazón rojo, de trapo, tupido de agujas á manera de un puerco espín armado en defensa; y á Felicia se le ocurrió cogerlo para examinarlo. Descubierto Quirco, á punto de ser sorprendidas sus intimidades; atolondrado, poseído de un ligero temblor nervioso, no acató más que á impedir de cualquier modo que las tres asaltantes capturasen aquel corazón. Mas ya Felicia lo tenía en su poder con la pena de algunas punzadas. Entonces él se atrevió

á sujetarla por los lagartillos, poniéndole el dorso de la mano muy cerca del pecho agitado, para arrebatarle la presa que ella defendía tenazmente, soltando risas entrecortadas por la singular liza que había trabado y dando bromas al mozo, que al contacto de sus manos callosas con el delicado y perfumado cuerpecito de ella, por el que suspiraba ardorosamente, fue flaco adversario: primero experimentó como un sacudimiento eléctrico, una conmoción nerviosa; después, desfalleciendo con una respiración ansiosa, soltó á Felicia y se dejó caer sobre su tijereta como cae un vástago en la tierra. Las muchachas lo dejaron ahí y corrieron á la escalera, chupándose Felicia las punzadas por donde manaban microscópicas gotas de sangre, y exclamando las primas:

—Qué bárbara! Qué bárbara! Qué ánimo el tuyo!...

—Adió, adió; á mí qué me importa: si ese es un tonto... Ja, ja, un peón cualquiera... Ja, ja... Veamos esto, veamos esto!

—A ver, á ver, qué tiene eso!

Una trajo inmediatamente unas tijeras, y reunidas las tres bajo el farol ya encendido, del corredor, cuya brillante luz hacía aparecer sus cuerpos en las sombras del anochecer como rodeados por una aureola, rompieron el corazón con un desparpajo increíble. Y, oh, sorpresa! Lo que menos se figuraban: dentro encontraron el cintillo que con tanto afán buscaba Felicia, el causante de todas aquellas escenas. Y no sólo eso; también descubrieron manojitos de cabellos castaños, horquillas...

—Mi cinta!—exclamó Felicia. Y las primas casi al mismo tiempo:—Tu cinta!—exclamaron.

Felicia fué á su mamá y le refirió cómo había encontrado su perdido cintillo. La

señora oyó sobresaltada, el relato, y conociendo perfectamente las costumbres y creencias del pueblo é interpretando los intentos de los hombres, presintió muy bien el propósito de Quirco, y en lugar de reñir severísimamente como pensaba, á su hija, por las confianzas con el servicio y por el atrevimiento, ató cabos y recordó el crimen frustrado del cafetal, se puso lívida de horror por los peligros que rodeaban á su hija, y corrió en busca de su marido á quien contó punto por punto el suceso, sus terrores y sospechas. El hacendado, con el certero instinto de padre, que excepcionalmente yerra cuando de sus hijos se trata, tomó el asunto con toda la gravedad del caso, montó en cólera, é indignadísimo se fué al cuarto de Quirco. Este, sentado en su cama, cogida la cabeza entre las manos, se hallaba en un estado lamentable de atonía; y apenas la faz acedada del amo apa-

reció en el buque de la puerta, se quedó el mocetón como petrificado.

—¡Fuera de aquí, canalla, miserable!— gritó con furia el hacendado.—¡Fuera de aquí!—repitió con estentórea voz.

Quirco con una calma de insano lo alzó á ver, y luego, con un desaliento conmovedor, balbuceó:

—Señor...!

—¡Lejos de aquí. No quiero nunca más tu maldita presencia en esta casa! Ay de ti si te vuelvo á ver! No sé cómo me contengo para no hacerte pagar muy caro...!

Y el finquero salió del cuarto de Quirco, ahogándose de ira, como para darle campo á que cumpliese la imperiosa orden. Lentamente subió la escalera, y una vez en el corredor de arriba inclinóse sobre el barandal y atisbó al peón, rechazando terribles designios que á cada momento hacían irrupciones en su mente intranquila.

Mientras, la madre de Felicia, angustiada, preguntaba á ésta si no la había tocado alguna vez Quirco, si no la había mirado con desfachatez ó si no le había faltado en la conversación. A la celosa señora, sólo de pensar que el mozo había estado á solas con Felicia en algunos paseos, le daban escalofríos en la espalda y se le erizaba el vello de los brazos.

pasmo delicioso que lo sumió en laxitud fatal? ¡La amaba tanto!... Luego aquellos rugidos para alejarlo del sér que era su propia vida... Cuando esta última idea, esfumada unos segundos tras las otras, entró de nuevo en su cerebro, vio, cual si realmente lo tuviera ante sí, el gesto descompuesto y la actitud agresiva del finquero. Sintió entonces el anodado campesino, el violento golpear del corazón en su cárcel ósea, y la acelerada circulación de su sangre. Se incorporó, suspiró ahogando un sollozo, y en su pobre cabeza desatóse la tempestad: rompió la razón sus frenos reguladores, y sus ideas parecieron un torbellino. Fue aquello una reacción amenazadora que no hallaba cómo desahogar sin malas consecuencias, y que lo impulsaba violentamente por derrumbaderos sin salvación posible. Exhaló otro suspiro cual honda queja: pensó en Felicia, á quien no volvería

á ver nunca; se caló el sombrero de palma, y metidas las manos en los bolsillos de los pantalones, casi hasta los codos, escapó murmurando, por la puerta que daba al potrero. Cuando llegó al puentecillo de piedra tosca, se detuvo. Consideró su soledad en este mundo. Calculó, así á oscuras, la profundidad del zanjón, y oyó como rompientes de embravecido océano lo que sólo era el monótono golpear de un chorrito de agua sobre la laja que posaba en el fondo. Contempló la masa gris del edificio que enviaba á fuera por hendidias y ventanas, bandas ó escuadras de luz que contrastaban con las sombras. Pensó que en aquella casa que hasta ahora había sido su mansión se quedaba la niña, y diciéndole adiós, con el alma transida de pena, partió velozmente por entre los cercos hasta salir muy adelante de la calle real. Continuó después su marcha hacia el pueblo, con taciturno paso, y delirando.

Ya la Vía Láctea grandiosa ceñía como un fajón esplendoroso la rica túnica del firmamento. El sinnúmero de grupos de estrellas brillantes unas, pálidas otras, que la forman, desmayaba su claridad sobre el campo. El aura apenas mecía el ramaje y refrescaba el ambiente. El *cuyeo*, ave nocturna, imitaba su nombre con su lúgubre canto que repercutía en la campiña.

Quirco adelantaba como un fantasma. Llegó por fin á una triste vivienda metida de la línea que seguían las cercas de *porós* é *hitavos*. La casucha tenía enfrente un patio, y á modo de centinela un pedregón sembrado junto á la desvencijada puerta á la orilla del ruinoso muro que amagaba venirse á tierra.

El disco de la luna, como la curba de un machete bruñido y terso, cortaba la cumbre de la montaña despidiendo su luz misteriosa, siempre triste, siempre lánguida...

Y el infeliz muchacho fue presa de horrible alucinación que por dicha duró poco.

.

.

La figura del mozo se encuadró en la puerta. Murmullo de voces llamó su atención: aplicó la oreja á la rendija y no percibió nada. Llamó levemente con los nudillos. Nadie! Llamó otra vez y se inclinó para mirar y escuchar mejor por los resquicios. El mismo silencio. De pronto gimió la puerta é hizo bulla la caída de la tranca. Cedió la hoja de madera y apareció en el umbral un alaco antiquísimo, una viejecilla zabullida en andrajos. Un instante la miró Quirco de hito en hito, castañeteó los dientes y con la rapidez del relámpago agarró aquel desecho humano, lo levantó y con todas sus fuerzas lo arrojó contra el pedregón. La vieja fue rechazada por la piedra,

hizo dos movimientos convulsivos con las canillas y uno de los brazos y expiró sin proferir mínima queja. Quirco la miró tendida, se restregó los ojos con el dorso de las manos, lanzó una carcajada irónica, dio media vuelta y echó á caminar. Al mismo tiempo, María, su antigua novia, la flor del campo enmustecida, que guardaba su perfume sólo para él, que se marchitaba de tristeza sólo pensando en él, que se encontraba en la cabaña de la bruja lugareña porque había ido á buscar allí un filtro que hiciera tornar á su lado al amante falaz que por otra la dejó, habiendo oído el golpe seco del reventonazo, salió presurosa al patiecillo, gritó desgarradoramente, se cogió la cabeza con las dos manos, clavó sus ojos despavoridos en Quirco que lentamente se alejaba como una sombra fatídica, y se quedó inmóvil cual si la hubiese herido el rayo, mientras sus plantas se manchaban

con un hilito de sangre que provenía de los
oídos de la muerta.

.

De pronto agitó los aires uno como ta-
bleteo metálico que parecía rebotar en los
montes y continuar en un rehilo de ondas
sonoras: las campanas de la iglesia del
pueblo doblaban, eran las ocho de la noche.
Quirco estaba de pie en el quicio de la
puerta de la casa de María. Al ruido de
los bronces de las alturas volvió en sí, y
no comprendió cómo había llegado hasta
aquella casa, cuánto había caminado ni si
realmente la bruja era su víctima. Mas poco
á poco se aclaró su entendimiento: halló su
conciencia limpia de sangre, y adivinó el
secreto impulso que lo había hecho llamar
á las puertas de su María, cuya sola pre-
sencia le puso lívido cual la cera; así como
á ella, que salió á abrir, se le demudó el
semblante apenas lo vió rendido á sus pies,

tétrico y delirando. Los ojos extraviados de Quirco se fijaron de pronto en los dulces ojazos de María, pero no resistiendo el muchacho aquella mirada, que se le anudó en la garganta, soltó un sollozo y dio rienda suelta al llanto benéfico que ahoga las tempestades del alma en un océano de lágrimas.

Después, muy conmovido, sin atreverse á alzar del suelo su vista, le dijo con voz humilde:

—María ¿me darán posada aquí, por esta noche?... Mañana me voy... á donde Dios quiera...

